**Búscame bajo la lluvia**

**Autor: Jesús Toral Fernández**

**CAPÍTULO I**

**Ordizia (Guipúzcoa), 11 de julio de 2014**

A pesar de la corpulencia física y su metro noventa de estatura, le era imposible contener el torrente de lágrimas que espontáneamente asomaba a esos ojos azules y profundos que tantas injusticias habían atestiguado a lo largo de 45 años de existencia, mientras se dirigía a su Citröen Xara Picasso. Vestía un pantalón vaquero más bien pasado de moda, una camiseta roja con un bolsillo a la izquierda y jugueteaba nervioso con las llaves de su coche. Caminaba deprisa, como si quisiera que el tiempo no le alcanzara, al ritmo de su desdicha, en una travesía por un enorme aparcamiento municipal donde había dejado horas antes su vehículo, comprado ante la inminente y deseada ampliación de la familia, algo que, por desgracia, nunca se produjo. Curiosamente, y pese a que nada en su vida había sido tan duro cómo el hecho de asumir que nunca sería padre, a lo largo de todo ese proceso había preferido ocultar la tristeza en el rincón más opaco y tupido del corazón, hasta el punto de que no se había permitido dejar escapar una sola lágrima furtiva; sin embargo, después de todo ese esfuerzo, en un fugaz instante, de golpe, hoy, se derrumbaba como un niño pequeño, sin alternativa.

Nerea, la esposa, había sido extraordinariamente comprensiva cuando, después de varios meses de intentos fallidos, un médico ratificó a la pareja que Juanmi era estéril, que ella nunca podría concebir un bebé suyo. Y fue entonces cuando emprendieron un peregrinaje por clínicas de reproducción asistida e incluso remedios seudo científicos hasta aceptar la idea de que no había nada más que hacer. Juanmi y Nerea nunca podrían ser padres naturales de su descendencia. Una vez asumida la noticia, valoraron dos opciones: vientre de alquiler y adopción. Finalmente descartaron la primera por su excesivo coste en Estados Unidos, único país donde era legal, y se inclinaron por la adopción, o bien nacional o bien internacional. Lo más plausible era decantarse por un país para seleccionar el origen del futuro miembro de la familia, contratar un abogado y cruzar los dedos. Primero seleccionaron Brasil, aunque las continuas demoras les indujeron a desistir y elegir otro estado, en su caso, Rusia. Gastaron más de 30.000 euros hasta que su esfuerzo obtuvo una generosa recompensa: les asignaron a un niño de 3 años. La felicidad de aquel momento no era posible de describir. Viajaron a Moscú, y durante varias semanas establecieron encuentros diarios para construir lazos de cariño, más bien del niño hacia ellos porque desde que vieron la foto se enamoraron completamente de su carita blanquecina y de ese pelo rubio. Cuando todo el papeleo estuvo listo, Nerea y Juanmi vieron colmada su dicha al poder hacerle una maleta con lo que le habían comprado para traérselo a España. La desgracia, no obstante, se cernió sobre la incipiente familia en el mismo vuelo de regreso: el chiquillo sufrió una crisis cardíaca y falleció sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo. Días después, les revelaron que el pequeño había nacido con una afección congénita que habían preferido mantener en secreto a sus nuevos padres. Teniendo en cuenta que la adopción se había llevado a cabo, para recibir a otro niño estaban obligados a empezar los trámites prácticamente desde cero. No se vieron con fuerzas. Tras 7 años de lucha, sentían que su hijo había muerto y que no tenían derecho a sustituirle por otro.

Ahora, ese Xara Picasso se le antojaba excesivamente amplio, vacío, triste. Afortunadamente, aún tenía a Nerea, a quien adoraba, y pese a que estuvo a punto de perderla en el camino hacia esa paternidad ilusoria porque ninguno de los dos acababa de aceptar una derrota, un día de claridad mental se sentaron a hablar durante horas, lloraron, se culparon mutuamente y finalmente entendieron que la única manera de asumir la ausencia de un llanto infantil en el hogar era manteniéndose unidos frente a la adversidad, conscientes de que su desdicha acabaría cuando prevaleciera el amor. Fue extremadamente doloroso pero el tiempo les condujo de la mano a otra etapa más feliz en la que ambos comprendieron la importancia de apoyarse el uno en el otro.

Hacía 21 días que había irrumpido el verano en el País Vasco. Eran las 9 menos cuarto de la tarde, aún era de día, y no había sido precisamente la decepción de no ser padre lo que le había conducido al desmorone emocional a Juanmi. Era puro corazón, completa visceralidad, intuitivo en sus movimientos e impulsivo al máximo, y muy probablemente esas cualidades que le conferían una personalidad marcada y segura de sí mismo le habían colocado en esta difícil tesitura.

Mientras se subía en el vehículo, recordó cómo hace más de 10 años entró a formar parte de un sindicato que le iba a proporcionar las armas para luchar contra las iniquidades sociales, algunas presentes en su propia empresa, una fábrica de unos 100 trabajadores dedicada a la construcción de tejados y revestimientos de fachadas, que estaba empezando a recortar derechos sociales a medida que se reducían los beneficios en el sector de la construcción. Juanmi se partió el pecho para conseguir que la empresa firmara un convenio que les sirviera a sus compañeros, teniendo en cuenta que la mayoría de ellos llevaba en la factoría más de 20 años. No obstante, estos dos últimos habían sido dramáticos para todos. La fábrica había aprovechado la coyuntura social y la cobertura de las nuevas leyes del Estado para echar a la calle a la mitad de los trabajadores, alegando que se había reducido la faena y, a continuación, pese a que los pedidos no se habían visto mermados ostensiblemente, decidió hacer un ERE que afectó al resto de la plantilla. Juanmi trataba de entender las motivaciones del dueño y era consciente de que la crisis alcanzaba a toda la población, pero no le cabía en la cabeza que, después de que sus padres hubieran tenido que abandonar el hogar en el que nacieron y a sus propias familias para emigrar al País Vasco desde Andalucía, se viera en esta situación. Eso sin contar con una larga trayectoria que le había obligado a peregrinar durante años por pequeños talleres que le pagaban sueldos ridículos por trabajar en condiciones precarias hasta que un día se vio recompensado con un puesto digno en esta empresa mediana y un contrato indefinido. Fue entonces, cuando se decidió a tomar parte activa en la lucha por los derechos de los obreros, con el fin de parar los pies a los empleadores que trataran de aprovecharse en exceso; en unos pocos meses, sin embargo, la sociedad se estaba retrotrayendo a décadas ya olvidadas, en las que trabajar no era sinónimo de tener lo mínimo para poder vivir.

Mientras arrancaba el Xara Picasso, Juanmi rememoraba la cantidad de encontronazos con sus jefes. Hacía unos meses que se había ganado la enemistad del encargado por defender a un compañero con el que trabajaba a diario. Gaizka llevaba 5 años en la empresa y Juanmi nada menos que 25. Se reían de alguna broma cuando impertérrito se colocó ante ellos Oier, que había conseguido escalar puestos en la compañía a costa de convertirse en el chivato del jefe:

—Gaizka, me alegro de que te diviertas en el trabajo porque a partir de ahora necesitamos que vengas también los sábados por la mañana.

—¿Y eso?

—Pues, es que ha salido un curro para un par de meses y nos hacen falta unas cuantas personas.

—¿Y cuántas horas?

—No te preocupes…no serán más de 3 ó 4 al día. Además, con que vengáis a las 10 de la mañana es suficiente.

—¿Y cómo lo vamos a cobrar…en horas o en pasta? Es que a mí me viene mejor el dinero.

—Ese es el tema...que no hay liquidez.

—¿Cómo que no hay liquidez? ¿Pero no dices que ha salido un trabajo?

—Sí, pero es para la administración y ya sabes que pagan tarde y mal…eso si pagan. Ya veremos si te pueden dar algún día a cambio.

—Esto es increíble, —interrumpió Juanmi—, estás pidiendo que venga más personal para hacer un trabajo que no sabéis si vais siquiera a cobrar.

—Sois conscientes de cómo están las cosas.

—¿Cómo? ¿Qué ahora no sólo tenemos que ser putas si no también poner la cama?

—Juanmi, esto no va contigo.

—¿Cómo que no va conmigo? ¿Es que acaso no sigo siendo el delegado sindical de la empresa?

—Pues…tendrás que hablarlo con el jefe…pero tú sabes que no son buenos tiempos para los sindicalistas.

—Me estás tocando los cojones…Por supuesto que voy a ir a hablar con el jefe…ahora mismo.

El coche de Juanmi avanzaba por las calles de Tolosa, la ciudad en la que había trabajado en las últimas décadas, en dirección hacia la A—1 para volver a Ordizia, el municipio en el que residía, mientras que revivía aquella discusión con su jefe tan estéril como él mismo. Después de varios insultos cruzados y de recibir amenazas en un tono desafiante, el empleado se marchó cerrando de golpe la puerta tras de sí. Poco después, al consultar al abogado del sindicato, aún se sintió más denigrado:

—Juanmi, —le dijo—, entiendo lo duro que es, pero la reforma laboral ha puesto las cosas muy difíciles a los trabajadores. Podemos enfrascarnos en una lucha y denunciar a tu jefe pero no cuentes con una victoria segura, como habría sucedido hace unos años. Algo que es injusto a todas luces, se está convirtiendo en el pan nuestro de cada día. Tenemos más que perder que lo que podemos ganar. A malas, la empresa siempre tiene la sartén por el mango. Tú sabes que ahora te pueden echar alegando que no cumples con tus obligaciones y que no importa que seas delegado sindical.

—Pero, a ver… ¿Estamos locos o qué? ¿Es que no sabemos todos que el jefe vive en una pedazo mansión, que acaba de comprarse un nuevo Mercedes, cuando tiene una flota de 4 vehículos para su mujer y sus dos hijos? Nos están robando.

—Sí. Tienes razón, pero las cosas están así. Cualquier falta puede ser motivo suficiente como para que te echen del trabajo con una indemnización ridícula.

—¿Y entonces qué podemos hacer? ¿Callarnos?

—Por desgracia…no te puedo aconsejar nada mejor por el momento. Hasta que la cosa no mejore, tendremos que fastidiarnos o incendiar el país.

Juanmi se sintió derrotado, infinitamente diminuto, impotente y profundamente herido. Tantos trabajadores habían muerto en el mundo por defender sus derechos, tantas manifestaciones, tantos sacrificios personales para que, de nuevo, de un plumazo, con la excusa de una crisis ridícula de la que los primeros culpables eran los banqueros y las grandes fortunas, redujeran a cenizas todo avance social.

El corpulento conductor se incorporó a la A—1 por el carril de aceleración a una velocidad moderada mientras se preguntaba: “¿Cómo nos acusan a los trabajadores de habernos excedido? ¿Qué es eso de que estábamos cobrando demasiado? ¿Cómo es posible que un dirigente empresarial salga en la televisión alardeando de sus ideas fascistoides y que critique a la clase obrera por ganar mucho y trabajar poco? ¿Y cómo es factible que precisamente un personaje así ingrese en prisión precisamente por malversar fondos?”.

 Juanmi se sentía en un país extraterrestre cuando los gobernantes aseguraban que la única manera de salir de la crisis era pagar más impuestos, subir los precios, reducir salarios, abonar más multas… ¿Y qué pasaba con los ricos que evadían su capital de España? ¿Por qué las grandes empresas no pagaban impuestos? ¿Qué ocurría con las decenas de políticos de toda franja y color que malversaban, engañaban, robaban...? ¿Por qué ni iban a la cárcel y ni tan siquiera dimitían? Era como si un grupo de ladrones y asesinos se hubiera hecho con el poder y con total impunidad sometiera a sus habitantes a un nuevo juego en el que los peones iban perdiendo capacidad económica y ganando temor al tiempo que el dinero de los más poderosos crecía como la espuma. Más que una crisis, lo que parecía era un cambio de paradigma social: los ricos se habían decidido a extremar las diferencias entre clases y, si bien un día se acabaría la crisis, durante décadas los trabajadores tendrían que padecer con sueldos ínfimos. ¿Por qué a los políticos se les llenaba la boca con palabras rimbombantes que ensalzaban la importancia de hacer crecer el empleo, aunque fuera a costa de bajar salarios hasta el punto de incluir a muchos trabajadores en una nueva clase social de pobreza endémica? Cuando necesitas pan para comer, no tienes tiempo de luchar por tus derechos. Los sueldos caían a cotas similares a las de 20 años atrás, los empresarios ofrecían puestos por horas, por días, todo con tal de ocultar una realidad que a Juanmi se le antojaba sombría y tenebrosa, que caminábamos hacia un panorama desolador de trabajadores esclavos y ricos más poderosos.

La rabia contenida le incitó a acelerar el vehículo antes de pasar por Alegi, el pueblo siguiente a Tolosa, a unos 15 km de Ordizia. Tenía la cabeza repleta de imágenes de políticos, abogados y jueces corruptos…un panorama desolador que había instalado la desconfianza y la incredulidad entre las masas y Juanmi, luchador desde siempre, trabajador empedernido, corazón indomable, no podía ni quería doblegarse a los deseos caprichosos de unos empresarios que se estaban riendo en su propia cara. Así al menos le ocurrió hacía unas semanas, cuando se topó con su jefe y este, sin ningún atisbo de respeto se encaró a él:

—Puta mierda de sindicalistas, me habéis jodido toda la vida, pero ahora es el momento de vengarme. Os voy a pagar lo mínimo que pueda, os voy a sacar el jugo y al que proteste…a la calle. ¿Sabes lo que habéis conseguido? Que yo tenga ahora más dinero, con una empresa mucho más pequeña y por lo tanto con muchos menos quebraderos de cabeza.

—¿Y a mí por qué me lo cuentas?

—Por regocijarme, sólo por el placer de ver que ahora sí que empezáis a estar donde os merecéis.

—Sabe lo que le digo… ¡Váyase a la mierda!

El jefe ni contestó. Se giró violentamente y se fue alejando, pero antes de perderse por el pabellón definitivamente, se giró y le soltó:

—Me dan igual tus chulerías…acabarás suplicándome…y si no…al tiempo.

Acababa de pasar la salida de Ikaztegieta, por la A—1, pero su cabeza no estaba en el carril humedecido por el sirimiri si no en lo que le había ocurrido aquella misma tarde. Juanmi no culpaba al sector empresarial al completo por la tiranía a la que estaban siendo sometidos los trabajadores. Tenía muchos amigos con pequeñas compañías que lo estaban pasando realmente mal, gente honrada que miraba a sus trabajadores como colegas, como amigos, pero su jefe no era de esos. Nunca lo había sido. Tenía 65 años y llevaba toda la vida con esa empresa que él, de joven, creó con la ayuda de unos padres pudientes. Como si hubiera nacido en el siglo XIX, Ángel había llevado la compañía con destreza económica pero con poco talante de diálogo. Jamás había tomado una cerveza con sus trabajadores, pocas veces les miraba a la cara cuando hablaba y nunca les halagaba por una buena labor, aunque sí que se exasperaba ante los errores de alguno de sus empleados…Errores de los que, por supuesto, él jamás se responsabilizaba. En época de bonanza la compañía se las veía y se las deseaba para atraer a nuevas incorporaciones, en función de una fama que le precedía…pero las cosas habían cambiado y para mucho peor. Ahora él campaba a sus anchas sin que nadie pudiera toserle siquiera.

Menos mal que estaba junto a Nerea, su esposa fiel. Mientras tomaba la curva por la recta de Legorreta, la silueta imaginada de su mujer le devolvió el sentido a la vida. Porque siempre le había entendido, había estado a su lado y le había apoyado al margen de consideraciones sociales. Su historia de amor surgió de forma casual, después de haberse conocido como amigos de la misma cuadrilla durante años, aunque Nerea le reconoció poco después de casarse que se enamoró de él nada más conocerle. Lástima que ni siquiera se hubiera percatado. Tal vez porque era joven y prefería divertirse con sus amigos, a los que colocaba por delante de cualquier relación; había tenido algún que otro rollo, incluso alguna novia, pero al conocer a fondo a Nerea entendió que era diferente. Y ella le cambió para siempre. Tambaleó sus ideales, le trastocó las prioridades de su vida y le hizo entender que a partir de ese momento ya nada sería lo mismo para él.

Y de pronto, en el Xara Picasso, volvió a sumirse en un dolor más profundo al percatarse del disgusto que estaba obligado a darle a su mujer. Maldita tarde. El jefe lo llamó a su despacho y sin decir palabra, le mostró un documento: era la rescisión del contrato, donde se le informaba de que debido a 3 faltas graves la empresa se sentía en la obligación de prescindir de sus servicios en lo sucesivo. Sin indemnización. Todo palabrería. Ni siquiera llegó a leerlo. Juanmi no daba crédito a lo que le decían.

—¿Tengo que firmarlo?

—Tú sabrás.

—No estoy de acuerdo.

—Firma al menos como que lo has leído.

Así lo hizo, antes de soltar un desesperado…

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque tienes varias faltas de trabajo, ya lo sabes.

—Eso es mentira.

—Has fichado tarde 3 días seguidos.

—El reloj estaba averiado, como casi todos los días, se puede demostrar.

—Perfecto, pues hazlo y déjame tranquilo. Estás en la puta calle.

Al salir del despacho del jefe, Juanmi iba más afectado de lo que él mismo hubiera esperado, se dirigió a su puesto para recoger los bártulos. Sabía que en esos tiempos los sindicatos estaban atados de pies y manos y tendría muy difícil demostrar que el despido había sido improcedente o nulo. Su vida se hacía añicos por momentos. El resto de compañeros lo miró y uno le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Que me han echado a la puta calle.

El silencio se impuso en el pabellón. Todos miraron a Juanmi temerosos, alguien le colocó su mano sobre el hombro, pero nadie fue capaz de decir una sola palabra…después de tanta lucha, de tanto partirse la cara por los demás, en ese instante, el hombre se sintió doblemente abofeteado. Nunca hubiera esperado un desplante semejante.

Y ahora seguía al frente de ese coche, desolado por lo que acababa de vivir, no sabía si más triste por ese “Estás en la puta calle” que aún le retumbaba en su cabeza, o por el silencio insultante que le acompañó hasta la puerta de salida, entendía que por un pavor que les había paralizado a todos. Después de 25 años, le mandaban al paro como a un perro. Sin posibilidades de trabajo, con la única ayuda de Nerea, que estaba en una empresa de limpieza de cristales. No era tanto por el miedo a una mayor precariedad en la economía doméstica, sino por la incertidumbre de no saber lo que sería de su vida a partir de ahora…ya no recordaba la forma de buscar empleo, ni se sentía con fuerzas para hacerlo.

Los ojos se le nublaron de lágrimas ante ese pensamiento mientras su pie había pisado a fondo el acelerador. En la radio sonaba Synchronicity, un clásico del grupo The Police de 1983 que a él siempre le había fascinado y que ahora se aliaba con una lluvia arreciante y las nubes bajas y densas que conformaban un panorama deprimente. Estaba en Itsasondo, sólo a unos 3 kilómetros de casa, y con la poca visibilidad, tomó algo más rápido de lo permitido una curva cerrada. La lluvia en el asfalto provocó el deslizamiento de la parte trasera del vehículo y con evidente preocupación Juanmi trató de enderezarlo asiendo con fuerza el volante y buscando el equilibrio, pero el agua dificultaba la maniobra y sólo consiguió que el Xsara zigzagueara hasta que se estampó contra el guardarraíl de la autovía. No tuvo tiempo de tener miedo, sólo de reaccionar ante un evidente peligro que se cernía sobre él.

El conductor quedó inmóvil, ileso y conmocionado en un vehículo detenido por fin. Realmente no era consciente de lo que había estado a punto de pasar. Su respiración jadeante intentó devolverle la normalidad. No sabía dónde estaba, ni qué había ocurrido. Miró hacia el exterior. Se había detenido en el carril izquierdo de la autovía y, de pronto, cayó en la cuenta de que el peligro no se había desvanecido. Giró la cabeza, miró hacia atrás y, con gran espanto, sus ojos vieron aparecer tras la curva a un tráiler que adelantaba a un automóvil. El camionero apenas tuvo tiempo de hacer nada. Juanmi trató inútilmente de arrancar su vehículo. No respondía. Parecía que iba a conseguirlo pero el ruido del motor no lograba ir más allá de producir ronroneos. El transportista se topó con el coche en mitad del carril y pisó el freno a fondo, sin miramientos. La frenada fue prolongándose mientras el conductor giraba el volante para que el choque inminente no fuera frontal, mientras el automóvil de la derecha también reducía la velocidad para permitirle el paso. Pese a todo, la parte derecha de la cabina se empotró contra la parte trasera del Xara Picasso. Y en ese instante, para Juanmi, todo se hizo oscuro.